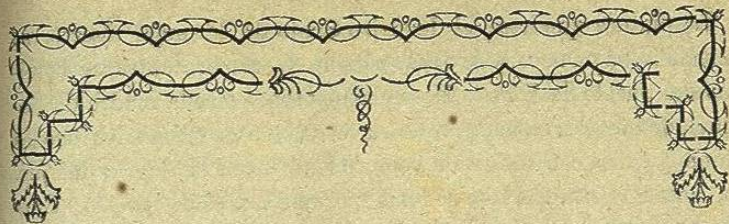




Viuda e hijos de Arango.

Llano

ANA
Madre de la Santísima Virgen.



ANA,

MADRE DE LA SANTA VIRGEN.

Felix unam promeruit suscipere natam quae unicum conciperet et proferret Dei filium.

(FULBERT. CARNOTENS. De Ortu almae Virginis.)

NO es una vírgen, tierna como una flor que guarda aún cerrado su capullo á los besos del céfiro, la que vamos á proponer como modelo de justicia y de perfeccion. La esposa de Joaquin era ya un crepúsculo brillante que debia preceder la aurora del Sol de Justicia. Caducaba ya la ley de la espectacion: el mundo se acercaba ya al momento de su rehabilitacion gloriosa: los cielos debian llover al Justo; y Ana, la hija de Matan, era la nube resplandeciente, de cuyo seno habia de salir á la tierra la Madre del Salvador. Rama escojida de la familia sacerdotal de Leví, debia enlazarse con otra de la casa real de David, y de este enlace ilustre, símbolo de la union del sacerdocio y el imperio, debia nacer la Madre del Mesías.

La pintura que hace el Espíritu Santo de la mujer fuerte, se personificaba en la casa de Ana, nombre ya célebre entre las heroínas del pueblo de Dios. No se lamentaba, como la madre de Samuel, de su esterilidad, porque su corazón era fecundo en buenas obras, y sufría con resignada conformidad y con la alegría del justo, aquella privación que se tenía por una marca de oprobio. Cuarenta años de virtudes le valieron una mirada del cielo, la más propicia que se dió á criatura alguna, si exceptuamos á su privilegiada hija; y una súplica, salida de una alma abrasada de caridad, fué suficiente para que se obrase en su seno aquel misterio de la exención de la culpa, que supera en gloria y felicidad á las delicias del paraíso. ¡María fué concebida immaculada en el seno de Ana! ¿Qué elogio equivale á estas palabras? ¡Oh, que fruto! ¿Y quién podía ser digno de él sino el seno de Ana? Hé aquí el modelo de las madres según la naturaleza, pues María lo fué según la gracia. Amor, ternura, pureza, solicitud, júbilo santo, todo lo más bello y delicado de la maternidad vino á rodear la cuna de María y los cuidados de su digna madre. Dulzura, humildad, candor, todas las gracias del cielo y de la tierra nacieron cual nunca se hubiesen visto en la infancia de María; y la embelesada madre, la dichosa entre las dichosas, mecía en su tierna cuna, estrechaba entre sus brazos y alimentaba con su leche la Esperanza del mundo.

Digna émula de la mujer de Elcana, la madre de María prometió en corazón consagrar á su querida hija al servicio del templo, voto ratificado por su santo padre. La niña María sonreía á su virtuosa madre con aquella mirada celeste de candor que aun no había visto la tierra. Después de presentada al Señor é inmolada la víctima del sacrificio, la hija de Ana fué admitida en el número de las tiernas vírgenes que, ocultas á la vista del mundo, se educaban á la sombra sagrada del altar. Ana no podía respirar lejos de María. No tardó en ver espirar en sus brazos al santo esposo, el cual pasó á esperar en el Limbo al Libertador de Israel que había de nacer de su hija; y colmada ella de virtudes y

de bendiciones, vislumbrando quizá los altos destinos de María, á los sesenta y nueve años de su edad, durmióse en el dulce sueño de los justos, dejando á los siglos la que debía ser exaltada sobre los ángeles y los hombres. Véamos ahora algunos de los rasgos y circunstancias que se han podido recoger de su vida.

Desde San Juan de Acre al lago de Tiberiádes, se atraviesa la graciosa llanura de Zabulon, coronada á derecha é izquierda de colinas que se levantan en suaves pendientes, y parece quieren escribir las ondulaciones de su superficie con bellos penachos de variado verdor. Después de haber trepado la cordillera de montañas que está unida con el Líbano, y corre del Norte al Mediodía, hasta los arenales de la Arabia Petrea, hállanse en la aldea de Sófora restos de una ciudad en otro tiempo vasta y floreciente. Los romanos la habían dado el nombre de Diocesarea, nombre grande, pues era grande la importancia que le habían dado, haciéndola la primera ciudad de la Judea después de Jerusalem. En la edad media, pudo contemplar, desde lo alto de sus almenas, la célebre batalla en que sucumbió la pretensión de Luy de Lusignan á la corona, no bajo la cimitarra de Saladino, pues no pudo la espada domar la bravura de los francos, sino en los torrentes de llamas que se levantaron de las yerbas incendiadas por el enemigo, y que el viento llevaba con las flechas musulmanas y torbellinos de polvo á los ojos de los cruzados.

Pero lo que más contribuye á la celebridad de Sófora, no son por cierto sus recuerdos de grandeza profana, ni su corona de ruinas, ni su posesión amenísima, ni sus horizontes espléndidos: el cristianismo es el que ha llenado aquellos lugares de una gloria imperecedera, y ha puesto allí un manantial de vivas y poderosas emociones, que se derramará sin agotarse, hasta el fin de los siglos. Sófora fué el domicilio de Joaquín y de Ana, padres de la Virgen María: tres horas de camino por las montañas conducen de este pueblo á Nazareth, en donde el Verbo se hizo carne, y en donde algunas tradiciones ponen también la cuna de la Virgen María. ¿Quién podrá pisar sin un dulce estremeci-

miento de júbilo y de amor aquel suelo privilegiado, en el cual germinó y floreció la salud del mundo? Aquellas alturas fueron el escabel que sostuvo la majestad del Eterno, cuando bajó de los cielos y tocó la tierra: en aquel hogar reducido fué donde el cristianismo dió su primer vagido, y desde allí tomó su primer vuelo para recorrer y cambiar el mundo. De aquellas colinas descendió, diez y ocho siglos hace, un río de fé y de caridad, que ha purificado los espíritus, reavivado el fuego de los corazones, dulcificado las leyes: allí es el lugar donde toda palabra necesita templarse para tener alguna fuerza, donde toda alma va á ocupar la vida, y hallar un dulcísimo refrigerio. De las honduras de aquellos vallados nació la libertad verdadera, la civilizaci6n moderna, el respeto del derecho, el descrédito de la fuerza, la rehabilitaci6n de la mujer, la conciencia invencible de nuestra dignidad espiritual, y el secreto de los grandes destinos del hombre.

El Evangelio ha dejado, pues, en la oscuridad la vida de Ana y de Joaquin: y aun la sola tradici6n ha hecho llegar hasta nosotros los nombres de estos santos personajes. Su vida exterior no hizo ningun ruido en el mundo; pero su alma brillaba con tal resplandor de virtud, que Dios quiso premiarla haciéndola un objeto de culto para los cristianos. Por el alma, en efecto, pertenecia á la línea ilustre de aquellos creyentes que vislumbran y aspiran á otra inmortalidad muy diferente de la fama, y á una felicidad distinta de la felicidad de la tierra: y por la carne eran de la sangre de David, cuya raza llegó á empobrecerse bajo el gobierno de príncipes extranjeros; pero rica con sus recuerdos, y mas rica aún con sus esperanzas que le mostraban al Mesías en un próximo porvenir.

Ana, pues, á quien los Santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, habia nacido en Belén, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem, llamada comunmente en el Evangelio *ciudad de David*, por haber sido la patria de aquel monarca. Tuvo por padre á Matan, sacerdote de Belén, de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, que entre los judíos era la fa-

milia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos esposos tan ilustres por su elevada alcurnia, como recomendables por su ejemplar virtud. Tuvieron tres hijas: la primera, que se llamó María, como su madre, casó con Cleófas y fué madre de Santiago el menor, de San Júdas, de San Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalem, y de San José, por sobrenombre Barsabas, ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos suyos*, segun el estilo introducido entre los judíos; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la Santa Virgen. La segunda hermana de Santa Ana fué Sobé, madre de Santa Isabel, la cual, por consiguiente, era prima hermana de la Virgen María. Y la tercera hija de María y de Matan fué Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de la cual habia de nacer el Hombre Dios.

Ana llevaba en su nombre, que significa gracia, un indicio providencial de su bondad interior. Porque, siendo escogida de Dios para dar al mundo á la Virgen María, debia ser digna de tener por hija aquella dulce y misteriosa criatura, santificada ántes de nacer, tan humilde y tan grande en su vida, de una belleza tan pura, cuya alabanza se halla en todas las lenguas, y cuyo amor está en todos los corazones, y que fué colocada en el firmamento de la Iglesia, para derramar sobre la noche de nuestras almas el fuego de su serena y pacífica luz. Este nacimiento, vagamente esperado por la multitud de las generaciones que habian recibido del Eden la promesa de un libertador, era el alba de tersa y blanquecina lumbre que anuncia la proximidad del sol; y festejada hoy dia por toda la tierra, fué ignorada de los hombres, envuelta en el silencio, sin pompa ni estrépito. Un soldado feliz ocupaba el trono del mundo: las águilas romanas estaban por todas partes de vuelta al Capitolio, dejando caer coronas sobre algunas testas de príncipes diseminados por sus vastos dominios: los procónsules se paseaban triunfantes por medio de las provincias, cuyo trabajo y cuya vida se trasformaban en oro y en pla-

ceres bajo sus manos y á medida de sus deseos: el pueblo rey no cuidaba sino de su pan y de sus juegos. En medio de tantas delicias y de tantas grandezas, ¿quién hubiera querido venir á saludar una cuna humilde, ignorada, en donde no habia mas que pobreza, pureza sin tacha, sencilla y cándida resignacion á la voluntad de Dios, ardiente amor de servirle, cosas todas, ó desconocidas ó despreciadas de los hombres, y solamente poderosas delante de Dios?

Aunque es de creer que Ana, por sus eminentes virtudes y por su amor al retiro, sentiria inclinacion á la virginidad, con todo, mientras duró en el pueblo escogido el largo periodo de la espectacion, las doncellas, por mas virtuosas que fuesen, no se atrevian á renunciar á la esperanza de dar un salvador al mundo. Y esta esperanza fué sin duda la que decidia á las vírgenes mas castas á no despreciar la mano de un esposo. Ana, pues, la candorosa Ana no rehusó la mano de Joaquin; haciendo quizá el sacrificio mas costoso de su vida, para no privarse enteramente de la dicha que debia recaer sobre una de las hijas de Israel. Pero el Señor quiso poner á prueba la virtud y la humildad de la Madre de María, para hacerla digna de tal hija; y sujetó por espacio de cuarenta años á la triste Ana á la humillacion de la infecundidad, marca de oprobio para las matronas hebreas. El corazon de Ana, aunque ardorosamente unido con la voluntad del Señor, no podia dejar de mostrarse sensible á tan dolorosa humillacion: los años acumulados sobre su cabeza estaban ya para disipar la última sombra de esperanza: el santo esposo compartia con ella el dolor y la resignacion, y su pecho suspiraba en silencio, ofreciéndose como en holocausto, pero mirando con una santa envidia á aquellas esposas afortunadas que podian tener afinidad con el deseado Mesías.

¡Qué súplicas saldrian del fondo del alma de aquellos santos esposos para alcanzar del cielo el dón de la fecundidad! Pero cuando la súplica es humilde, cuando sube al trono de Dios acompañada de la resignacion santa á su querer divino, entónces es

poderosa, y hace á Dios una dulce violencia para acceder al puro y fervoroso ruego. El Señor oyó propicio una peticion que el mismo habia inspirado, y Ana quedó colmada de las gracias de Dios, sintiendo ya en su seno á la que debia ser concebida sin la mancha original. El seno de Ana se trasformó en un depósito de las riquezas del cielo y de las esperanzas de la tierra. Al fin, salió á luz la hija privilegiada del Altísimo, la alegría del cielo, el consuelo de la humanidad. La hija de Joaquin respiraba ya el aire de la vida.

Despues de ocho dias del nacimiento de la niña, segun la costumbre del país, Ana y Joaquin le dieron un nombre, el nombre de María, gracioso como la virginidad, grande como un corazon de madre, suave como una melodía y como un perfume celeste, nombre amado del pintor y del poeta, porque encierra raudales de inspiracion, repetido por el soldado y el marinero en el momento en que arriesgan en los campos de batalla y sobre los abismos del Océano, su generosa abdicacion de la vida. Este nombre, que en la lengua antigua en que fué creado significa particularmente estrella del mar, y tambien señora y reina, ha sido colocado en todas partes como un encanto irresistible, sobre la puerta de la iglesia de la aldea, al frente de la soberbia basílica que se levanta al cielo como un monte decorado, al pié de la estatua solitaria, incrustada en la encina al lado del camino para guiar al viagero, sobre la cabeza del infante largo tiempo esparado, al umbral de una existencia querida, donde quiera, en fin, que el hombre derrama lágrimas y ruegos, donde su alma y sus miembros trabajan y sufren, donde su corazon palpita de amor, de temor ó de esperanza. El Universo está lleno del nombre de Nuestra Señora.

Dos veces, en un mismo siglo, la piedad del Oriente opuso este nombre como un baluarte á la invasion de la barbárie musulmana: la primera vez, en 1571, la flota de los turcos sucumbió en el golfo de Lepanto, dirigida por el génio de D. Juan de Austria, y por las oraciones de la cristiandad, postrada ante los altares de